

Desde Chile. . .

Héctor Noguera, María de la Luz Hurtado, y Gustavo Meza

En los últimos años, la dramaturgia chilena ha retomado vitalidad, siendo uno de los lugares privilegiados donde se realiza una reflexión crítica acerca de la sociedad chilena actual. Habiéndose matizado hasta ahora los repertorios de dramaturgia chilena y universal, el primer semestre de este año marca un hito, ya que todos los teatros profesionales en funcionamiento están presentando obras chilenas, al igual que los múltiples teatros de pobladores y estudiantes.

Algunas de ellas son reposiciones de dramaturgos de la década del '50, como *Los discípulos del miedo* y *Parejas de trapo* de Egon Wolff, presentada por el Teatro de la Universidad Católica. El Teatro Nacional de la Universidad de Chile presenta, por su parte, *Mama Rosa* de Fernando Debesa, y el Teatro de Comediantes con el Teatro Pedro de la Barra llevan casi un año exhibiendo *La remolienda* de Alejandro Sieveking.

Isidora Aguirre, también miembro de esta generación de autores, realiza una nueva obra: *Lautaro*. Mediante un lenguaje depurado que combina la profundización en las relaciones humanas y psicológicas con la narración épica de los acontecimientos, enfrenta al pueblo araucano y a su líder, Lautaro, con los españoles y el jefe de la conquista, Pedro de Valdivia. La obra llama la atención sobre la opresión de los pueblos indígenas latinoamericanos y su derecho moral a la rebelión en defensa de los valores y necesidades más sentidas de su pueblo. No obstante, resalta igualmente la valía de algunos españoles representados por Valdivia, reconociendo también en él un componente esencial de la actual nación chilena, cuyos dilemas históricos vuelven a repetirse.

Fernando Jousseau reaparece con *Su Excelencia, el Embajador*, realizado por el Teatro de Cámara: un hambriento y desquiciado habitante de Nueva York, rapta al Embajador de un rico país, encargado de resolver el problema del hambre en el mundo. El tratamiento realista va adquiriendo paulatinamente una dimensión de absurdo, manifestándose el desquiciamiento social y la inversión de valores que afecta al mundo contemporáneo.

Gustavo Meza, con su compañía Imagen, presenta ahora el folletín dramático *Quién dijo que el fantasma de don Indalicio había muerto*. A través de un imaginativo uso del espacio escénico, se ubica la acción a principios de siglo en una hacienda del sur de Chile. En una puesta en escena agilizada por una rápida sucesión de escenas, con agudo humor se profundiza en la estructura de valores y en la personalidad de aquellos colonizadores habituados al empleo de la estafa y del asesinato para mantener sus dominios, y que liberan de escrúpulos sus conciencias negando la condición de seres humanos a los ciudadanos de segunda categoría: los indígenas y los peones. El transcurso de la obra va evidenciando analogías con hechos conocidos por todos los chilenos.

Juan Radrigán destaca con *Hechos consumados*, presentada por el Teatro Popular El Telón. Sus personajes son dos seres marginales, un hombre y una mujer, que se encuentran en un sitio baldío. Son los desposeídos, que no tienen bienes materiales, ni familia, ni lugar en el mundo que les acoja. Aún así, recogen una ancestral sabiduría popular que les permite reflexionar sobre su situación y develar la inhumanidad de aquel sistema que los excluye: mantienen y defienden su dignidad humana a pesar de todo, aún cuando ello les signifique la muerte. Es así una tragedia popular profunda, de lenguaje y puesta en escena sencillos, directos, lo que no le impide alcanzar un elevado nivel mágico-poético.

La creación colectiva sigue siendo una forma de producción teatral vigente. Como resultado de este método, el grupo ICTUS presenta *La mar estaba serena*. En ella, la trama argumental central—una familia de profesionales desplazados económica y socialmente, e incapaces de comunicarse entre sí—se ve interrumpida por episodios que aclaran el entorno social en que se desenvuelven: la familia en el estadio ve frustrado su festivo paseo al ser tratados autoritariamente y reducidos a masas obedientes; la hija de la familia en la universidad experimenta la represión a la organización estudiantil.

Pero es en el teatro vocacional estudiantil y poblacional donde más se emplea hoy la creación colectiva. Allí cumple la función de estimular la expresión de las vivencias, conflictos y visión de mundo de los miembros del grupo teatral, los que son compartidos con la comunidad a la que pertenecen, principales destinatarios de su teatro.

También otros géneros teatrales o parateatrales han continuado su desarrollo: teatro infantil, teatro de marionetas, café-concerts y pantomimas.

Creemos que esta vitalidad de la producción dramática nacional manifiesta una doble realidad. Por una parte, nos indica la profundidad de la crisis social en Chile, que reclama ser develada, afirmando paralelamente valores más permanentes. Por otra parte, manifiesta la fuerza de un movimiento teatral que ha sabido seguir creando y buscando nuevos lenguajes escénicos para hablar de su realidad nacional y latinoamericana. Y cuando no, de rescatar aquellas obras creadas hace ya algunos años, pero que mantienen aún su vigencia.

LOS TRABAJADORES DEL TEATRO CELEBRAN EL 1° DE MAYO CON LOS TRABAJADORES

Desde septiembre de 1973, las autoridades han prohibido a los trabajadores chilenos la realización del acto masivo con que tradicionalmente se

había celebrado el primero de mayo. Pese a ello, año tras año las organizaciones sindicales han convocado a sus bases a recordar esta fecha en sitios públicos, aún a riesgo de las consecuencias a que se exponen. En estos actos, siempre han estado presentes los trabajadores del teatro.

Como este año las organizaciones sindicales decidieron celebrar el primero de mayo en las sedes de sus sindicatos, los trabajadores de teatro, que acostumbraban suspender sus representaciones ese día, decidieron, de acuerdo con los sindicatos obreros del país, abrir para esa fecha sus teatros a los trabajadores. Es así como todos los teatros profesionales independientes vieron abarrotadas sus salas por un público fervoroso que pudo celebrar así la fiesta del trabajador. Gran parte de las compañías tuvo que programar funciones extras debido a que el público sobrepasó la capacidad de las salas.

ITI-CHILE (reimpreso de un boletín)
Santiago (julio 1982)